

La calle para el miércoles 27 de mayo de 2009
Diario de un espectador
Leñero ¿o Barragán?
por miguel ángel granados chapa

No es infrecuente que a uno lo confundan con otra persona. Este espectador ha sido llamado Héctor Quintanar por algún admirador del músico notable, que se entusiasma al creer saludarlo y se decepciona cuando se convence de que esta en un error. Y también nos confunden con gente del oficio, como León García Soler o Agustín Granados, que en paz descanse. En este último caso el equívoco se acentuaba por el común apellido que ostentamos, sin que nos uniera ningún parentesco. Es que la fisonomía de esas tres personas, y la de quien escribe tienen en común la barba y los anteojos y las facciones corresponden a un biotipo que no es extraño entre la gente del altiplano. Para colmo, los cuatro somos personas de corta estatura.

Uno creería difícil que a Vicente Leñero le pase lo mismo. Tiene un rostro no fácilmente repetible, tanto por su integración física como por el gesto, que es personalísimo (y si acaso trasunto del Quijote, como gustaba llamarlo Ricardo Garibay). Y sin embargo, en su texto titulado “El abrazo de Miguel Alemán”, una de las entregas de su columna Lo que sea de cada quien, cuenta uno de esos episodios que, cuando no causan un mal entendido molesto hasta pueden ser divertidos. El escritor había sido invitado a la reseña mundial del cine —que así se llamó antaño la Muestra internacional— en Acapulco. Viajó acompañado de su hija Mariana, que aceptó salir con el edecán asignado para acompañarlos y que se tornó de inmediato admirador de la chica, a la sazón de 18 años. Entre los actos ajenos a la cinematografía propiamente dicho, Leñero había acudido en compañía del cineasta Alfredo Joskowicz a “una muestra gastronómica guerrerense en un amplísimo recinto que repletaban invitados especiales. Había de todo: desde empresarios de cine hasta políticos, periodistas y colados que circulaban en torno a los tenderetes donde se podían pedir sin límites las especialidades de la región.

De pronto, cuando comidos hasta el hartazgo Alfredo y yo cruzábamos la salida frente a una mesa grande de comensales elegantes, vi alzarse de su sillas, de un solo impulso, la trajeada figura de Miguel Alemán Velasco. Mucho sabía de su fama, por supuesto, de su juventud como hijo de presidente, creador de revistas, empecinado escritor, empresario, político, galán, Él fue el principal impulsor de aquellas reseñas en Acapulco, y en ese entonces —1988— era socio de Azcárraga, presidente de Televisa.

Miguel Alemán se dirigió febrilmente hacia mí, y tal actitud me sorprendió. Jamás lo había visto en persona, pero me abrazó como si fuéramos entrañables amigos.

--Pero qué gusto, caramba, ¡qué gustazo!.

Me jaló amable hacia sus acompañantes.

--Cuánto tiempo de no vernos, mi querido Barragán —dijo, y entonces advertí su confusión. —Aquí está Christiane —añadió sin que me atreviera a sacarlo de su equívoco.

También Christiane Martell –su siempre bellísima esposa—se levantó sonriente para tronarme, ¡oh! un beso en la mejilla.

--¡Qué gustazo, Barragán!

--Siéntate con nosotros –insistió Miguelito. Y cuando hizo el intento de presentarme con cada uno de los comensales de su mesa, lo frené:

--Me esperan unos amigos –dije, señalando hacia ninguna parte--, no puedo.

--Sólo un momento –pidió Christiane.

--Lo siento, no puedo –sonreí como si ya me sintiera el misterioso Barragán con el que me confundían--. Luego los veo.

Miguel Alemán me volvió a abrazar.

--No te vayas de Acapulco sin que platiquemos, Barragán.

--Por supuesto que no, yo los busco.

Regresé a reunirme con Joskowicz, que se había mantenido muy apartado de la conversación. Salimos del recinto gastronómico. Alfredo se mostraba sorprendido.

--No sabía que fueras tan amigo de Alemán –dijo.

Con un gesto de fatuidad –chasquéé la boca—lo mantuve en el error.

--Pues ya ves...”